

*Guillermo Zanniello*  
1963-2004

Me encargaron escribir el obituario de Guillermo, que se murió el 15 de febrero de este año mientras estaba descansando.

Nunca escribí un obituario, tampoco leí muchos, a decir verdad, y menos creo que éstos se refieran a gente con más futuro que pasado, pero aquí estoy.

Nos tomó realmente por sorpresa su ida, y el dolor y la bronca puede ser que aparezcan en estas líneas. Discúlpenme, pero no creo que pueda evitarlo..., desconté que el futuro lo íbamos a compartir, que nos íbamos a conocer aún más.

Eso me da bronca...

La vorágine en la que se transformó nuestra profesión, mezcla de gozos y sinsabores, alegrías e injusticias, en la que estaba(mos) metido(s) hizo que a veces hayamos estado cerca y lejos a la vez.

Y esto me duele...

Y ahora estoy escribiendo el obituario de un compañero y amigo, a quien no sólo nos quedamos con ganas de conocer más, sino de que también nos contagie la enorme pasión que tenía por lo que hacía.

Esta palabra, pasión, la voy a repetir posiblemente varias veces, porque creo que Guillermo era eso: un apasionado. Esa es la última imagen que de él guardo...

Entró en la residencia del Hospital Italiano después de hacer Clínica en el Hospital Ramos Mejía, en el año 1990, con los miedos y las ganas que todos tenemos al empezar algo tan grande.

Había hecho la secundaria en el colegio Guadalupe y amigos comunes me contaron que le decían “el Loco Zanniello” por su manera atolondrada y vehemente de jugar al fútbol, cosa que realmente pudimos comprobar... Se adaptó rápidamente al grupo de médicos de planta y residentes por su buen carácter y predisposición y sobre todo por su bonhomía, que lo caracterizó siempre.

Ya Andrea estaba en su vida, al poco tiempo se casaron y vino Matías, sus amores, sus grandes pasiones...

En algún momento de la residencia, entre guardias, recorridas y ateneos, decidió dedicarse a la epilepsia y a las enfermedades relacionadas al sueño. Creció tanto y tan rápido que ya estaba haciendo escuela.

Nunca perdió la capacidad de conocer más, de investigar más, de acercarse a aquellos que lo ayudaran a mejorar, siempre con un plan para ir a más, siempre cerca del paciente y de sus compañeros, rara costumbre en estos tiempos.

Por supuesto que empezaron los trabajos científicos, las conferencias y los premios, que él minimizaba y nosotros admirábamos con orgullo y en respetuoso silencio.

Era incansable Guille, va a ser difícil su ausencia, va a ser difícil reemplazar tanta pasión, pero quizás la sembró en nosotros y no nos dimos cuenta. Tenemos que descubrirla... ojalá podamos.

Marcelo Rugiero